

MISCELANEA  
P. EL CUERVO

FONDO  
CUERVO  
1.588

BIBLIOTECA NACIONAL



Solo curso #1588

REPUBLICA DE COLOMBIA  
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA

No.

2789

ANAQUEL

No.

ESTANTERIA

No.

SALA

1<sup>a</sup>

No.

MATERIA

No.

ENTRO EL

No.

BOGOTA,

AVO

## CONTENIDO:

- 1 Agüeros (Victoriano) Don Anselmo de la Portilla.
- 2 Teza (E) Gastone Paris di Paolino
- 3 id id Giosue Carducci
- 4 Pesci d'oro (trilogia)
- 5 Ancizar (R) Catecismo elemental de ins truccinn civica
- 6 Vinyals (Francisco) Apassito Fiore (con fiducia de una mujer)
- 7 Heheverria y Reyes (Anibal) Solecismo chileno?
- 8 Quesada (Ernesto) Nuestra raza (dis curso)
- 9 Quesada (Ernesto) Disc<sup>urso</sup>
- 10 Ortiz Saenz (Ricardo) Los dos viejos (comedia)

- 11 Amunátegui Reyes (Miguel Luis): Crítica  
cas y charlas
- 12 Rojas (Marques de ): Crítica del dis  
curso academico de Guzman Blanco
- 13 Moreli . Conversacion artistica
- 14 Exequias funerales de Rufino Cuervo
- 15 Torres (Carlos Arturo) La estatua de  
precursor.



cuervo # 1.588

211/29

10



Museo de la  
Portilla



370

DON

# ANSELMO DE LA PORTILLA

POR

VICTORIANO AGÜEROS



MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,  
BAJOS DE SAN AGUSTIN, N. 1.

—  
1880

*Al Sr. D. Angel Cuervo.  
Obsequio de su adictisimo Amigo  
V. Agüeros  
México, Diciembre 1.º de 1895.*

---

Edicion especial de 50 ejemplares.

---





DON

ANSELMO DE LA PORTILLA.

---

I.

**R**OR mucho tiempo fué España para los americanos objeto de acerbos é injustas antipatías, de odios y rencores, de crueles ataques y tremendas acusaciones. Olvidábanse todos de los grandes beneficios que la metrópoli había derramado con pródiga mano en el nuevo mundo, y se dedicaban á calumniarla, aunque para esto tuvieran necesidad de falsear la historia, de negar los hechos, de juzgar con pasión y sin lógica, interpretando mal, por consiguiente, las leyes y disposiciones de gobierno dictadas por los monarcas españoles: errores todos que no era difícil ver aplaudidos por personas que gozaban fama de ilustradas.—¡Cosa increíble! Aquellas hazañas de la conquista que sorprendieron al mundo y que jamás se cansa el mundo de admirar; aquellos héroes, superiores en ocasiones á los mismos que cantó el inmortal Homero; aquellos combates, aquella sumisión de pueblos enteros al poder de

B. G. L. 9-24-46

oscuros y desconocidos soldados; los trabajos apostólicos de misioneros humildes, maravillosos en extremo por la influencia que llegaron á tener en la formacion de una nueva sociedad; todos aquellos hechos, en fin, que tanta gloria dieron á España en el siglo de Cortés, de Pizarro y de Valdivia, léjos de ser ensalzados y bendecidos por los hijos de la América, eran vistos con horror, con ira, con irritacion implacable, por los mismos que solo deberían tener en sus labios palabras de ardiente y eterna gratitud. La época de la administracion virreinal se recordaba con tan vivo desagrado, que casi llegaba á la indignacion: se empleaban para pintarla los más negros colores, y la respetable memoria de los prelados, de los gobernantes, de los jueces, de los ayuntamientos, era traída á juicio únicamente para denigrarla y maldecirla.

Tan inaudita ceguedad era del todo incomprendible, en pueblos que conservaban huellas del paternal gobierno español, en territorios sembrados de gloriosos monumentos, de ciudades llenas de palacios, de escuelas, de templos y de hospitales, que con su muda elocuencia pregonaban la solicitud y prevision de la generosa metrópoli de Castilla. Y sin embargo de esto, el odio y la ingratitud de los americanos hácia la madre patria, en vez de extinguirse con los años, en vez de calmarse con algunos gratos recuerdos, crecian de un modo extraordinario; y en la época que siguió á la emancipacion de las que hoy son Repúblicas independientes, aquel rencor á España subió á un grado verdaderamente indecible: en él se inspiraban los poetas, los oradores, los periodistas; de él eran hijas las calumnias y maldiciones que diariamente se arrojaban contra la Península y los españoles residentes en América.

En México, Dios sabe cuánto habria durado esto, si una inteligencia superior, un corazon noble y magnánimo, una alma llena de bondad, de dulzura, de amor cristiano, no



hubiese apagado aquellas pasiones, presentándose en medio de la sociedad mexicana con el imparcial libro de la historia en la mano, y palabras de concordia y olvido, de persuasion y de honradez en los labios.—Tal fué el insigne escritor español Señor Don Anselmo de la Portilla, honra al mismo tiempo de la noble Iberia y de nuestra patria.

## II.

Nació en el pueblo de Sobremazas, Provincia de Santander, el 3 de Febrero de 1816, siendo sus padres D. Juan Ramon de la Portilla y Doña Teresa Rodríguez. Hizo los primeros estudios en Santa María de Cudeyo y despues en un Colegio de Burgos; pero los abandonó al poco tiempo para venir á América, y en 1840 desembarcó en Veracruz.—Instruido ya perfectamente en la historia de estas tierras; conecedor de las glorias de su patria en el nuevo mundo; con una alma rica de ilusiones, una fantasía de poeta, una imaginacion fresca, lozana y vigorosa, el jóven Portilla sintió en su pecho dulces y tiernas emociones que le ensancharon de gozo el corazon; y al pisar por primera vez este continente americano, teatro de las luchas y de los triunfos de los soldados españoles, saludó con entusiasmo las montañas del Anáhuac, se recreó en sus verdes campiñas, respiró el ambiente de sus perfumadas florestas. Despues, recorrió con respeto los sitios y lugares inmortalizados por la historia.

Concibió entónces la idea de escribir el poema de la con-

quista, tomar el buril del historiador, el pincel del poeta, y dibujar con ellos las escenas y los cuadros que la tierra de Moctezuma habia presenciado con asombro; asunto sublime digno de un gran talento. \* Sabiendo, por otra parte, que España y los españoles eran mal vistos en México, por causas que él no acertaba á comprender, se propuso estudiar la manera de hacer desaparecer tan infundada antipatía, á fin de convertir en cordial amor aquel desvío, aquel odio, aquellos rencores que lastimaban sus sentimientos generosos. Pero pronto conoció que no eran poemas ni poesías lo que debian hacer aquí los españoles. “Lo que necesitábamos —decia— eran velos para ingratas memorias, bálsamos para dolorosas heridas, lazos para desunidos corazones. Lo que necesitábamos era abnegacion para estudiar la historia, criterio imparcial y justo para explicarla, sentimientos fraternales para que la verdad fuera simpática en nuestra boca y en nuestra pluma cuando la dijéramos.”— A esta alta y espinosa mision quiso desde luego consagrarse el jóven Anselmo de la Portilla; pero ántes, se vió obligado á entrar á una casa de comercio á servir el empleo de tenedor de libros. \*\* Allí ocupaba sus horas de descanso, que eran generalmente las de la noche, en el estudio y en el cultivo de las letras, teniendo la satisfaccion de que sus primeras composiciones, llenas de galanura y de sentimiento, le valieran muy lisonjeros triunfos y no pocas alabanzas de inteligentes y distinguidos literatos. Uno de ellos fué nuestro inolvidable poeta dramático D. Manuel Eduardo de Gorostiza,

\* Algunos cantos compuso, pero jamás los dió á la estampa.

\*\* El Sr. Portilla vino recomendado de España á D. Agustin Eguía, rico hacendado de aquel tiempo, quien lo recomendó á su vez á D. José Ramon Ibarrola. Este era dueño de una de las tiendas de ropa más acreditadas en México, situada en la 1.<sup>a</sup> calle de la Monterilla y conocida con el nombre de *Los Tres Navios*; en aquel establecimiento estuvo el Sr. Portilla.



quien oyó admirado un elocuente y sentido discurso del Sr. Portilla, leído por otra persona que habia recibido el encargo, en el acto de abrir la “Casa de Correccion para jóvenes delincuentes,” que el autor de *Indulgencia para todos*, estableció en la capital por los años de 1841 y 1842.— Del mismo modo, dió renombre y fama con otros diversos escritos, á personas que no tenian escrúpulos en parecer lo que no eran; y en cambio, las composiciones que él intentaba publicar bajo su nombre, eran recibidas con indiferencia. Tal sucedió por entónces con unos artículos que remitió á *La Hesperia* y á *La España Artística y Monumental*, los cuales no quisieron publicar. Tambien por aquellos dias escribió unos versos dedicados á D. Salvador Bermúdez de Castro, Ministro de España en México, dándole la bienvenida y saludándole como poeta; pero aquel Señor apénas se dignó ver al Sr. Portilla con desden. Y estas fueron las dificultades con que el gran escritor comenzó á luchar desde sus primeros pasos, para abrirse camino en medio de la oscuridad y aislamiento que todavía le rodeaban! . . . Sin embargo, los escritores de la época descubrieron bajo el anónimo de las primeras composiciones de aquel modesto y humilde jóven, “al poeta y prosista de estudios clásicos, al razonador lógico y elocuente, al hablista de fácil, clara y simpática palabra, y lo que vale más todavía, al espíritu levantado y poderoso, al corazon noble y amante, cuyo defecto no era otro que la excesiva benevolencia.”\*

Algunas personas quisieron sacarle de aquella casa de comercio, donde se distinguió siempre por su dedicacion y probidad, — porque comprendieron que era muy estrecha cárcel para su brillante inteligencia, y con el fin tambien de que con más libertad y reposo pudiera consagrarse á tareas propias de su inclinacion y de su gusto. Abandonó, en efec-

\* Frases del Sr. D. José María Roa Bárcena.

to, su destino, no sin que ántes hubiera costado gran trabajo á sus amigos vencer su extraordinaria modestia; y desde entónces se consagró enteramente á la literatura y al periodismo. La primera composicion suya, en verso, que vió la luz pública, fué el hermosísimo himno *A la Divina Providencia*; composicion notable por sus pensamientos nuevos, su forma gallarda y limpia, y el hondo y exquisito sentir que en ella resplandecía. Apareció en *El Eco del Comercio*, periódico entónces de los mejor recibidos y más acreditados en México, del cual era propietario D. Manuel Payno; y aquella produccion poética del Sr. Portilla fué leída con general complacencia, valiéndole el ser llamado á formar parte de la redaccion de dicho diario. Encargóse de la seccion literaria y de las traducciones del inglés y francés, idiomas que habia aprendido por sí solo y que poseía con perfeccion: y al mismo tiempo siguió publicando otros bellísimos versos, entre los cuales merecen citarse con particularidad los intitulados *Amor de Dios*.

Cuando *El Eco del Comercio* desapareció, precisamente en los dias de su mayor desarrollo y prestigio, el Sr. Portilla fué solicitado por D. Rafael Rafael para trabajar en las publicaciones que tenia fundadas ó pretendia fundar: y fué, en efecto, redactor del célebre periódico *El Universal*, uno de los más respetables y distinguidos que ha habido en el país. En él escribió nuestro D. Anselmo con una laboriosidad infatigable y casi heróica, sin descansar nunca, sin arredrarse ante los peligros de que entónces estaba rodeada la vida del periodista: ni un solo dia dejó de escribir para aquel diario, estudiando y analizando con profundo talento, con hábil sagacidad, con extraordinaria lucidez, todas las cuestiones y sucesos del dia, políticos, religiosos, sociales, económicos, literarios, etc., siendo él por esto, en cierto modo, el alma y centro del periódico. Y cuenta que á su lado tenia á escritores tan eminentes como D. Lúcas



Alaman, D. Ignacio Aguilar y Marocho, D. Manuel Diez de Bonilla, y otros muchos.

Por este tiempo fué tambien fundador, redactor ó colaborador de los periódicos religiosos y literarios *El Católico*, *El Despertador Literario*, *El Espectador de México*, en los cuales dió á luz multitud de producciones de todos géneros; —novelas, críticas, biografías, artículos bibliográficos, históricos, etc., que probaban los variados conocimientos que á su singular facilidad y elegancia para escribir unia el Sr. Portilla.—Entre estos trabajos merecen citarse: las interesantes leyendas *Lucía y Ricardo*, *La Niña Limosnera*, *Fortaleza de una madre*, *La familia dichosa*, etc.; los artículos morales: *La Religion guiando al hombre*, *Los Niños*, *La Caridad*, *El huerto de Gethsemaní*, *La resurreccion del Señor*, *La fábula y la verdad*; los estudios literarios y biográficos sobre *Los Poetas Malogrados*, *Los Apellidos*, *El Españolito*, *Fr. Bartolomé de las Casas*, y numerosas traducciones de buenos autores contemporáneos.—En 1848 se fundó la excelente Revista titulada: *La Voz de la Religion*, y en ella se reprodujeron con aplauso las primeras composiciones poéticas del Sr. Portilla. Conociendo luego su editor las grandes aptitudes de éste para el periodismo, su amor al trabajo, su amena y esmerada instruccion, lo mismo que la brillantez de su estilo y la mágia y la riqueza de su pluma, lo asoció á su empresa, comprendiendo lo mucho que ganaria el periódico en interés y en atractivo con tan valiosa adquisicion.—Nuestro D. Anselmo se hizo, pues, cargo de *La Voz de la Religion* desde 1851; y redactó casi solo cinco gruesos tomos (folio menor) hasta 1853, en que un suceso desgraciado en la negociacion hizo que desapareciera aquel importante periódico; el cual tuvo una circulacion inmensa en toda la República, fué muy bien aceptado por las clases más ilustradas de la sociedad, sobre todo por el clero de la nacion, y contribuyó notablemente á derramar

luz, á impulsar el movimiento literario de la época, á encender y mantener viva la piedad, y á proporcionar á las familias honesto y útil recreo en lecturas sanas, saludables y llenas de verdaderas bellezas.

Larga es la lista de lo que en este periódico publicó el Sr. Portilla, pues su infinita diligencia y dedicacion le hacian atender simultáneamente á todas las secciones de la publicacion, dando á luz en ellas con oportunidad todo lo que podian desear los lectores más exigentes: poesías, leyendas, biografías, bibliografías, crónicas del país y del extranjero, escritos de polémica, de crítica, y descriptivos y sentimentales; estudios filosóficos, morales y artísticos; de todas materias, en suma; de tal manera, que debido á los trabajos del Sr. Portilla, *La Voz de la Religion* vino á ser en poco tiempo el periódico favorito de la buena sociedad mexicana; y en cuanto á ventajas pecuniarias, su ilustre redactor habria sin duda asegurado su porvenir en esta ocasion, si el suceso desgraciado á que ántes aludí, no hubiese venido á acabar con todo en sazón y circunstancias ménos esperadas.—De las obras que del Sr. Portilla se registran en estos cinco volúmenes, mencionaré las principales; pues si quisiera citarlas todas, haria interminable la lista. *La Magdalena* es una bellísima y conmovedora leyenda religiosa, escrita en variedad de metros, sembrada de primores de pensamiento, de inspiracion y de lenguaje, á cual más galanos y delicados, impregnados todos de unción mística, de fervor y de fe. Este poema quedó desgraciadamente sin concluir (Febrero de 1849), por el agudo dolor que causó en el alma del Sr. Portilla la muerte de su primera esposa Doña Eulalia Villegas; pero dos años despues, en Agosto de 1851, le agregó unas soberbias octavas, explicando los motivos que le impedian acabar su obra. El poeta recuerda la época en que escribió los primeros cantos de su *Magdalena*, y dice:



Era un tiempo en que leve todavía,  
 como bajel mecido en la bonanza,  
 se lanzaba mi ardiente fantasía  
 por el florido eden de la esperanza;  
 un tiempo en que risueño me ofrecía  
 el porvenir hermoso en lontananza,  
 coronas bellas de inocentes flores,  
 tejidas por la *flor* de mis amores.

Aquella tremenda desgracia doméstica no deja ánimo al autor para seguir cantando los triunfos y los gozos dulcísimos de la mujer purificada por Jesucristo, y se recoge en sí mismo y guarda silencio.—A ese drama íntimo y doloroso de su corazón dedicó también el Sr. Portilla un sentido artículo que se registra en *La Voz de la Religion* con el título de *Tristeza y Soledad*, en el cual están agotadas todas las frases de la ternura, del cariño, del amor casto y cristiano, suavemente embalsamadas por el apacible aroma de la poesía. \*

Finalmente, como obras importantes por su utilidad y mérito literario; como modelos de crítica en que campean la elevación de criterio y la pureza y elegancia en el decir, pueden citarse las piezas siguientes: *La Virgen María, protectora de las bellas artes*, *El Tránsito de San José*, *Moisés*, *Crítica literaria (La Conjuracion de México)*, novela de D. Patricio de la Escosura), *Bibliografías*, *Bossuet*, *Masillon*, *Flécher*, *Homero*, *Daniel*, *La Hermona de la Caridad*, *La Virgen de Guadalupe*, etc., etc.; siendo también del Sr. Portilla todos los artículos y leyendas que se publicaron en la sección dedicada *A la juventud*.—Tomó parte

\* Poco tiempo después, el Sr. Portilla casó con la Sra. Doña Delfina Villegas, hermana de su primera esposa.

igualmente por aquellos años en la publicación del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* del Sr. Andrade; y cuando se fundó *La Cruz*, notable revista religiosa y literaria, trabajó al lado de genios tan poderosos como el ilustre Munguía y el esclarecido Pesado, ambos sus amigos, compañeros y admiradores.—Algun tiempo escribió en *La Sociedad*.

### III.

Aquellos trabajos llenaban por entónces de un modo absoluto la vida laboriosa del Sr. Portilla; mas no olvidaba su primitivo intento de dedicarse enteramente á extirpar por medio de una pacífica predicación en la prensa, el odio y la mala voluntad que, no por ser absurdos, dejaban de estar muy generalizados en México contra España y los españoles. Este alto pensamiento preocupaba siempre á nuestro Don Anselmo; y nunca perdía oportunidad de decir algo en los diversos periódicos que tenía á su cargo y alimentaba y sostenía con sus escritos, fuesen aquellos políticos y religiosos, ó literarios y puramente recreativos. Empero, esto no bastaba para satisfacer su ambición: él quería tener un periódico propio, órgano exclusivamente de su idea, *español*, para decirlo de una vez, desde el cual pudiera emprender su benéfica cruzada contra los errores de los que maldecían á España y desconocían sus glorias.—El amor á la patria, el amor á la verdad y el amor á la justicia, le hicieron, pues, intentar algunos ensayos, llevándolo al comienzo de la misión de paz y de fraternidad con que soñaba. En el fecundo campo de la prensa se propuso “vindicar la historia y las tradiciones de España en el nuevo

mundo; combatir las preocupaciones hostiles al nombre español que existian en estas Repúblicas, y crear vínculos de fraternidad entre españoles y americanos.”—Esas fueron la divisa y el programa que desde entónces adoptó y sostuvo el respetable Sr. Portilla, y vamos á ver en seguida cómo los cumplió.

Fundó en 1850 *El Español*, y en él empleó un estilo suave, amistoso, conciliador, que agradó en extremo á los mexicanos. “Mi sistema —decia el escritor muchos años despues— era una verdadera novedad en el periodismo, y más en el periodismo español que hasta entónces habia ventilado las cuestiones americanas. Cayó bien, cayó en gracia ver que un periodista español no se enfurecia al combatir las preocupaciones de los hijos de América, y que en lugar de zaherir, procuraba convencer de su error á los preocupados.”—Los españoles, sin embargo, no aprobaron ese sistema; querian otro enteramente distinto, que fuera como el eco de sus sentimientos ardientes y enérgicos, lleno de passion, de saña implacable, para corresponder así al tratamiento que de los nacionales recibian. El Sr. Portilla no cambió, porque juzgó que estas exigencias serian contraproducentes, y que léjos de apagar los odios, los avivarian más y más. ¡Ah! nadie sabia que él, como los antiguos misioneros, *habia venido de paz*. No venia como Hernan Cortés y sus compañeros á conquistar imperios, ni como sus demás compatriotas á buscar la riqueza en nuestras minas ó en nuestros campos; venia, sí, á conquistar corazones y voluntades para España. El Sr. Portilla tenia la paciencia de Fr. Pedro de Gante, la mansedumbre de Motolinía y de Sahagun, el celo de Las Casas, el ardor evangélico de Fr. Martin de Valencia; sin que por esto le faltaran la energía y el entusiasmo de los antiguos caballeros españoles para defender el buen nombre de su patria.

No era él, pues, á propósito para usar en sus escritos el



estilo que deseaban algunos; y por esta causa el periódico tuvo que desaparecer al poco tiempo. Pero este primer desengaño, precursor ¡ay! de otros muchos, no desalentó en manera alguna al animoso escritor; ántes viendo que el terreno, por parte de los mexicanos, estaba bien dispuesto, estableció en seguida *El Eco de España*, admitiendo á su lado á D. Eduardo Asquerino.—Extrordinario fué el entusiasmo que produjo en los españoles este periódico; pues la moderacion, el tino, la suavidad con que estaban escritos los artículos que allí aparecian, daban excelentes resultados en el ánimo de los hijos de México; quienes ilustrados de aquel modo en las cuestiones históricas que solo confusamente conocian, se apresuraban á hacer justicia á España y á prodigar á los españoles las consideraciones de un fraternal cariño. Sin embargo, habia en esto una cosa notable; ¿por qué siendo el espíritu del periódico igual al del anterior, no era recibido de la misma manera? ¿por qué aquel habia sido condenado y éste era aplaudido?—Don Anselmo de la Portilla, por una modestia excesiva que no le abandonó toda su vida, jamás firmaba sus artículos, y gustaba siempre de ocultarse en la oscuridad; de modo que en esta vez, los que daba á luz en *El Eco de España*, se atribuían equivocadamente al Sr. Asquerino. Para éste eran, por lo mismo, la gloria y los aplausos; él recibia las felicitaciones y áun los obsequios destinados al verdadero autor, sin que jamás hubiera hecho la más ligera rectificacion. El Sr. Portilla, entretanto, era víctima del desden, de la indiferencia, del desvío de sus compatriotas; á pesar de que con una palabra podia haberlos sacado de su error. “Despues de todo —decia— algo hubo de fortuna en aquella desgracia mia: en los dias más aciagos de mi carrera de escritor, cuando más hondo fué mi infortunio, más tétrico el aislamiento y más oscuro el rincon en que me encerraba, tuve la satisfaccion de ver alabado lo que hacia, siempre que la

casualidad ó la ocasion hicieron que saliera al amparo de otra fortuna y de otro nombre. ¿Cómo habria tenido yo aquella triste satisfaccion si siempre se hubiera creído que mis cosas eran mías?”

Decepciones como estas, no escasearon al Sr. Portilla en su vida de periodista, y en *El Universal* se repitieron algunas; por eso él solia decir en el seno de la intimidad y de la confianza, que la memoria de nuestro Alarcon le era más querida que la de ningun otro escritor español, porque le sucedia algo parecido á lo que tantas veces le aconteció al inmortal autor de *La Verdad Sospechosa*: nadie ignora que todas las comedias malas que se silbaban en Madrid se atribuían á Alarcon, miéntras que las buenas, aunque fuesen suyas, se creían de Lope. “En cuanto al resultado material de aquellas mis empresas —decia tambien el Sr. Portilla con honda melancolía— siempre fué tristísimo. Nunca tuve un holgado rincon para pensar, ni una mesa regular para escribir, ni una buena silla en que sentarme, ni un libro que consultar, ni nada de lo que sirve de ayuda, de estímulo ó de premio á los que están empeñados en las duras tareas del periodismo.”—¡La pobreza y el olvido! . . . Hé aquí los únicos frutos que el escritor que lo merecia todo, se inclinaba á recoger en el triste sendero de su vida. . . .

Muerto *El Eco de España*, el infatigable Sr. Portilla fundó otro periódico titulado *El Español*, como el primero que tuvo; y así en éste como en una *Iberia* que redactó en union de Federico Bello, poeta tan grande como desconocido, sostuvo interesantísimas polémicas con diversos escritores de la época; polémicas que sirvieron notablemente para “convertir en amigos de España y de los españoles á muchos que querian hasta sacarse de las venas la sangre española que por ellas corria.”—Estos triunfos compensaban á nuestro Don Anselmo de sus amarguras: eran sus

laureles, las palmas de su victoria, más caras á su corazón que las riquezas y los honores; y ante ellos, lo olvidaba todo.

## IV.

En 1858 hizo el Sr. Portilla un viaje á los Estados Unidos con su familia, y allí no se olvidó tampoco de su constante propósito de unir en fraternal y estrecho abrazo á españoles y americanos. Fundó para esto en Nueva York un periódico, *El Occidente*, que redactó solo.—En la misma ciudad escribió su interesante libro *México en 1856 y 1857*, ó sea la historia del Gobierno del General Comonfort, continuación de otra obra suya dada á luz anteriormente en esta capital con el título de: *La Revolución de Ayutla*. También compuso su novela *Virginia Steward*, y dirigió al Conde de la Cortina unas *Cartas de Viaje* que no llegaron á publicarse. \*

Volvió al país en 1862, pasando por la Habana, en donde años atrás había dirigido, poco tiempo, *El Diario de la Marina*, y donde debía haber fundado un periódico en compañía de D. José Zorrilla y del conocido editor D. Cipriano de las Cagigas; proyecto que no se realizó por la muerte

\* Proponíase el Sr. Portilla con estas cartas formar más tarde un libro, para lo cual encargó al Sr. Cortina que las conservase. Desgraciadamente, cuando regresó á la República, el Conde había fallecido y no fué posible recobrar los manuscritos.—La primera de aquellas cartas, cuyo borrador conservaba por casualidad el autor, se publicó hace algunos años en *El Siglo XIX*, y es por todos conceptos digna de su talento claro y observador, y de su pluma tan elegante como discreta y amena.



de éste.—En dicho año, hallábase el General Prim en Veracruz al frente de las fuerzas españolas que el Gobierno de la Península había mandado al país para unirse á las de Francia é Inglaterra en la célebre intervencion europea en México. El Sr. Portilla, lamentando que su patria estuviese mezclada en este asunto, y con el propósito de influir en que los negocios que habían provocado aquella, se arreglasen pacíficamente, fundó un periódico, *El Eco de Europa*, solicitando ántes el permiso del general español. Hé aquí de qué modo refiere esto el mismo Sr. Portilla:

“Regresando yo á México con mi familia —dice— llegué á Veracruz cuando ya estaban cortadas las comunicaciones con el interior del país. Obligado á detenerme allí por este motivo, me ocurrió establecer un periódico con el objeto de extirpar los temores que inspiraba la coalicion europea, y de abogar por una solucion pacífica; animándome á ello la circunstancia de que viniendo el General Prim al frente de la expedicion española, el pensamiento de los aliados no podia ser otro que el de arreglar en paz las cuestiones de México.”

En su entrevista con el Conde de Reus, el Sr. Portilla dijo:

—“Yo creo firmemente, Señor General, que si usted dispara aquí un cañonazo, si dispara usted un fusil, si derrama usted una gota, una sola gota de sangre mexicana, acaba para siempre el prestigio del nombre español, no solo en México sino en toda América.”

Obtuvo el Sr. Portilla el permiso que solicitaba; y despues agrega:

—“Leí á Prim el primer artículo, y no solo le pareció bien, sino que le prodigó elogios. Lo mismo hice con todos los demás, y nunca le ocurrió alterar una idea, ni una frase, ni una palabra, ni una tilde. Nunca Prim me sugirió una sola idea para el periódico: siempre escribí yo lo que bien me parecia, y jamás dejó de estar conforme con ello.

Era que ambos teníamos igual criterio en el asunto de la intervencion y en las cuestiones que aquí debian resolverse.”

En aquel periódico, en efecto, se trató la cuestion de una manera clara, precisa, lógica y amistosa, con el propósito de que las cosas de México se arreglaran sin derramar sangre; y en las Córtes de Madrid causó viva sensacion el pensamiento que guiaba al juicioso redactor de *El Eco*.—El trascurso del tiempo, más tarde, realzó brillantísimamente su victoria.

Sabido es que el término de todo, fueron los Tratados de La Soledad y la retirada del General Prim con su ejército; y no hay necesidad de decir que este rasgo del héroe de los Castillejos fué agradecido y aplaudido calurosamente por los mexicanos; ni que, merced á él, se convirtieron en amigos de España y de los españoles, muchos de los que ántes eran sus mortales enemigos. En esta obra de reconciliacion y de cariño, el Sr. Portilla tuvo una parte importantísima, segun acabamos de ver; y los mexicanos jamás olvidaron ni olvidarán la deuda de gratitud que con él contrajeron.

Al establecerse en México poco despues el Imperio de Maximiliano, el Sr. Portilla publicó su libro *De Miramar á México*, que no es más que la historia del viaje de aquel Príncipe y de su esposa, y de los festejos con que fueron obsequiados en el país á su llegada: la curiosidad pública quedó por completo satisfecha con esta obra, la cual tenia además el atractivo de presentar en sus páginas los discursos y poesías que con motivo de la presencia de los soberanos se pronunciaron y escribieron por aquellos días.—Maximiliano y Carlota, con la inteligencia y perspicacia que poseían, conocieron desde luego la importancia, el mérito, el valer del Sr. Portilla, y procuraron atraérsele, distinguiéndole con finas consideraciones: leían sus profundos y bellos artículos publicados entónces en el periódico que tituló *La Razon*, y haciendo que lo abandonara, le llamaron á su lado

para confiarle honrosas y difíciles comisiones. No era el Sr. Portilla partidario de la intervencion; pero acudió al llamamiento, llevado de aquella su bondad de corazon que lo hacia ceder á todo, por más que en ocasiones causaran extrañeza sus aparentes cambios de opinion; pues como dijo el Sr. Roa Bárcena, su único defecto no era otro que la excesiva condescendencia. En la secretaría privada del Monarca trabajó con empeño, lealtad y eficacia, debiéndose á él muchas iniciativas importantes y no pocas disposiciones de gobierno: en la prensa, dirigió hábilmente el *Diario del Imperio*; y tambien escribió las *Revistas quincenales de México* que se mandaban al extranjero, y algunos otros opúsculos.—Maximiliano, en fin, depositó en el Sr. Portilla la mayor confianza, le tuvo cordialísimo aprecio, y halló siempre en él prendas y circunstancias de carácter no comunes en quienes rodean á un gobernante.

## V.

Llegamos ya á la página más hermosa de la vida periodística del Sr. Portilla; á la época en que el gran escritor, desplegando con ardor inusitado sus maravillosas facultades, entró de lleno y de una manera exclusiva, al planteamiento y desarrollo de la idea que perseguia: extincion de odios y rencores, y fraternidad eterna entre españoles y mexicanos: pensamiento generoso que nunca abandonaba; propósito levantado digno de un gran espíritu, obra de paz que constituía toda su ambicion.

El 1.º de Marzo de 1867 fundó *La Iberia*, la inolvidable *Iberia*, que llegó á ser como el vínculo de reconciliacion y de concordia entre los que siendo miembros de una



misma familia, estaban separados por absurdos resentimientos. Este periódico, además, venia á llenar un vacío, á satisfacer una necesidad de la colonia española de México; y á pesar de la modestia con que se presentó en el palenque periodístico, todos comprendieron desde luego su importancia y la influencia que llegaría á ejercer en la opinion pública; porque para nadie eran desconocidos el nombre del Sr. Portilla ni la prudencia que le caracterizaba.—Desde los primeros números comenzó á sostener polémicas, no solo en defensa de su patria y en vindicacion de sus tradiciones históricas en América, sino tambien en defensa de México, como sucedió en cierta ocasion en que el periódico *The Mexican Times* estampó algunos conceptos injuriosos para nuestro país.

En sus discusiones con escritores mexicanos empleó aquel estilo blando, benévolo y sereno que le era peculiar; el cual, léjos de exaltar los ánimos y de confundir al adversario, obligaba á meditar para luego conocer y confesar la verdad. Inspiraba confianza, animaba al estudio y conducía insensiblemente al más perfecto convencimiento. Era oportuno en los recuerdos históricos, justo en las apreciaciones, imparcial en los juicios y controversias, indulgente con los que incurrian en algun error, ameno en sus discursos, brillante y hábil en los argumentos que aducía; siempre inflexible para destruir una preocupacion y para defender la verdad.—Por lo demás, grande sería el espacio de que habría yo menester aquí, si quisiera dar una idea de las diversas polémicas que sostuvo el Sr. Portilla: básteme decir, que en todas ellas no se sabia qué admirar más, si la novedad y la claridad con que presentaba las cuestiones, ó el elevado criterio, la superioridad de miras, y la buena fe y nobleza que resplandecian en todas ellas. Contestaba los cargos que se hacian á España, á los conquistadores y á la administracion vireinal, con acierto y prontitud; anali-

zaba los hechos, investigaba sus causas, y ponía en clara la verdad; se despojaba de todo aquello que podía influir en su manera de pensar, y juzgaba con imparcialidad, escogiendo en las mejores fuentes los testimonios que podían ilustrarlo ó desatar una dificultad; se trasportaba á aquellos tiempos de la conquista, presenciaba las hazañas, estudiaba á los personajes, y de este modo encontraba el origen y la raíz de cosas que todos condenaban porque nó podían explicárselas; en suma, defendiendo la verdad y la justicia, el elocuente escritor tenía siempre razones nuevas que oponer á sus adversarios: jamás se sentía débil.—“Nadie nos gana á nosotros, —decía dirigiéndose á un escritor que había hablado de ciertos hechos de los españoles,— á condenar sin reserva las atrocidades que se cometieron en aquellos descubrimientos y en aquellas conquistas. Ningun corazón salta más indignado que el nuestro contra los suplicios del valeroso Hatuei, de la bella Anacaona, del heróico Guatimotzin, y del magnífico y valeroso Atahualpa. Si hubiéramos vivido en aquella época, habríamos pensado y escrito como Fr. Bartolomé de las Casas; habríamos tronado como él contra las Encomiendas y los Encomenderos, y habríamos tomado la defensa de los débiles vencidos contra los abusos de los fuertes vencedores. Hoy no nos toca, puesto que de historia se trata, sino explicar los hechos, no conforme á nuestras ideas actuales, sino conforme á las ideas, las máximas, los principios y las costumbres de aquel tiempo. Para nosotros toda conquista es una usurpación; para los hombres del siglo XVI era un derecho, con tal que se hiciera para extender la religion cristiana. A nosotros, que no aceptamos aquel derecho, nos parece inícuo todo lo que se hacía ejerciéndole: ellos tenían por lícito todo lo que fuera menester para asegurarle. . . . En fin, para nuestro siglo no es razon la circunstancia de extender la fe; al contrario, para muchos de los que hoy viven, lo peor de la conquista

fué traer al Nuevo Mundo la religion cristiana. Todo esto prueba, que para juzgar con acierto en estas cuestiones, es necesario no perder de vista la conocida máxima de distinguir los tiempos: *distingue tempora et concordabis jura.*”

Pues bien: siguiendo este sistema, el ilustre redactor de *La Iberia* convencía á todos sus adversarios y los traía á sus ideas, haciéndoles amar á España y reconocer sus glorias en América.—Muchos, merced á esto, supieron lo que verdaderamente debe creerse acerca de la conquista y los conquistadores, de las encomiendas y tributos, de las Leyes de Indias y su aplicacion en México, de las obras materiales ejecutadas en América con beneplácito de la metrópoli, de los indios y los misioneros que los evangelizaron, de los vireyes, de su gobierno, de sus hechos. . . . de todo eso, en fin, que ántes era moda sacar á luz para deturpar á España.

“¡Qué época! ¡qué hechos! ¡qué hombres! —exclamaba el Sr. Portilla.—Allá vienen Ojeda, el paladin más gallardo de aquel siglo, los Pinzones, compañeros de Colon, y los Valdivias, que descubren y reconocen las costas orientales de la América del Sur. Por aquí avanzan Ponce de Leon y Hernando de Soto, que lidian con la raza más valerosa de los indígenas americanos; que descubren el inmenso Mississippi, y edifican la más antigua ciudad que tienen los Estados Unidos. Allí aparece en el Istmo de Darien, Vasco Núñez de Balboa, de rodillas en la cumbre de la Montaña, con los brazos extendidos y dando gracias al cielo, porque acaba de aparecersele el inmenso Océano Pacífico, resplandeciente con el fúlgido sol de una mañana. Allá van Pizarro y Almagro, torvos, rudos y codiciosos, sí; pero heroicos y magníficos, á reemplazar con la pura civilizacion de Jesus la impura aunque poética civilizacion de los Incas. Aquí está Hernan Cortés, que quema las naves, que avanza osado contra el imperio más poderoso y aguerrido del



Nuevo Mundo; que encuentra héroes como él y sus compañeros con quienes combatir, y que convierte el imperio azteca en una nueva España, tan bella y tan suntuosa como la antigua.—¿Quién puede avergonzarse de descender de aquellos hombres, ni qué motivos tendrían sus descendientes para aborrecerlos y despreciarlos?”

Este era el estilo empleado por el Sr. Portilla en las polémicas que sostenía. ¿Qué mucho, pues, que su natural encanto, su sencilla y magnífica elocuencia, aquella manera de decir, que revelaba la hermosura de alma del escritor y la gallardía de su ingenio; qué mucho que todo esto cautivara á los periodistas, y diera á *La Iberia* el lugar elevadísimo que siempre tuvo en la prensa mexicana? Fué, en efecto, este periódico uno de los más queridos, respetados y autorizados que ha habido en la República; y se dice que el Presidente D. Benito Juárez lo prefería á todos los demás. Porque la verdad era, que en *La Iberia* encontraban eco todos los grandes pensamientos y tenían apoyo las más útiles y convenientes iniciativas; se discutían los asuntos de México con brillantez y acierto, y se encontraban en todo señales del interés que esta nación inspiraba al Sr. Portilla. *La Iberia* fué también el constante defensor, el adalid más solícito y patriota de la colonia española en México; y muchas veces libró á ésta, con una palabra de prudencia, de conflictos enojosos. Dejó de publicarse el 30 de Junio de 1876, después de nueve años de gloriosa vida, de trabajos, de combates diarios y de triunfos; después de haber hablado de la patria ausente á los españoles de aquí, y de haber igualmente llenado la misión que se impuso su fundador. La prensa toda del país manifestó su sentimiento por la desaparición de un colega tan estimable; y el Sr. Portilla pudo ver que no dejaba una sola enemistad, y que todos tenían para él palabras de consideración y de cariño.—“Al retirarme de la escena —decía— no solo voy consolado, si-

no que me siento feliz porque he hecho algo por mi patria, porque *La Iberia* muere abrazada de su pensamiento y de su bandera, y porque vive y vivirá su obra. Al lado de estos consuelos que me acompañan en la muerte, ¿que importan las otras penas que pueden quedarme en la vida? . . . ”

¡Hermosas y nobles palabras que hacen el elogio de aquel apóstol de la fraternidad hispano-americana!

## VI.

¿Logró su objeto el Sr. D. Anselmo de la Portilla, de ver vindicadas en el Nuevo Mundo la historia y las tradiciones de España? ¿Han desaparecido realmente las preocupaciones hostiles al nombre español, que desde la independencia existían en estas Repúblicas? ¿Hay ahora lazos de fraternal amor entre españoles y mexicanos?—Sí, en verdad; y el alma generosa del Sr. Portilla pudo todavía gozar de las satisfacciones del triunfo: el cielo le permitió ver coronada de la más espléndida victoria la causa que con extraordinaria constancia sostuvo toda su vida. ¡Pero á costa de qué sacrificios!—Su carrera periodística es la más laboriosa, la más digna, la más brillante y limpia que jamás se ha visto en México; luchó con invencibles obstáculos, tuvo amargos desengaños, le acompañó siempre la pobreza; pero nunca desmayó ni se detuvo en su marcha. *La Iberia* fué, y debía ser, la gloria del Sr. Portilla, como fué igualmente el reflejo de las tristes impresiones de su corazón. Nunca se ha visto que periodista alguno haya sido tan estimado y admirado como él lo fué en México; nunca se han tributado á escritor público los honores y consideraciones que él recibía diariamente, ni había palabra que fuese escuchada

y atendida con tanto agrado, respeto y complacencia como la suya; porque el Sr. Portilla era la más alta, y noble, y magnífica personificación del periodismo, é hizo de la prensa lo que conviene que sea en las sociedades modernas: un poder que lo abrace todo, algo como un sacerdocio que difunda la verdad, una luz que lleve á los entendimientos ideas buenas, una voz serena que proclame las excelencias de la justicia, el Sr. Portilla. Y por fortuna, había recibido de Dios todas aquellas virtudes y prendas que atraen poderosamente el ánimo de los demás, y les impulsan á seguir el camino de la persuasión y del estudio. Apacible, benévolo, sencillo, de una humildad encantadora; compasivo y dispuesto siempre á todo lo bueno, sin transigir jamás con lo que no lo era; adversario generoso y leal que honraba á quien con él discutía; incapaz de abrigar odios contra nadie, sino más bien inclinado á perdonar y á amar á los que le hacían mal; admirador sincero de las buenas obras, fuera quien fuese su autor, y tan indulgente para lo mediano ó defectuoso, como severo con lo suyo propio; excelente amigo, en suma, esposo amantísimo, tierno y cariñoso padre, bienhechor de los pobres, sin ostentación ni vanidad, —el Sr. Portilla era uno de aquellos varones que la Providencia manda al mundo para ejemplo y edificación de quienes los conocen, y que son merecedores, por lo mismo, de la admiración de la sociedad y de la recompensa que Dios guarda para los justos. Su delicada sensibilidad conmovía; la hidalguía de su carácter y la alteza de sus propósitos infundían admiración; su ingénua bondad y mansedumbre despertaba la confianza en los corazones tímidos; la sencillez de sus gustos, el sosiego de sus costumbres, sus tranquilas maneras convidaban á imitarlo; y en fin, sorprendía y cautivaba su inagotable benevolencia. En sus escritos se trasparentaban siempre estas bellezas de su alma, realizadas, si más era posible, por una caballerosidad ente-



ramente española: jamás se escapaba de su pluma una frase dura ni una palabra inconveniente; jamás estampaba un concepto que pudiese lastimar á álguien ó desalentarlo, ni nunca le faltaban un elogio para el verdadero mérito, un consejo para el que lo necesitaba, una indicacion prudente y discreta para quien se la pedia: sus juicios eran siempre justos sin pecar de severos. Revelábase, finalmente, en todo lo que escribía el Sr. Portilla, la intencion de hacer el bien, y su voz tenía la sencilla majestad, el irresistible prestigio del que predica la verdad. Hé aquí por qué no fueron estériles sus trabajos ni su frente dejó de verse coronada de los laureles de la victoria.—Mas ¡ay! hubo un tiempo en que, á pesar de haber consagrado el Sr. Portilla al servicio de España su florida juventud, su bienestar, su maravilloso talento, y acaso un porvenir dichoso, se extendieron repentinamente en torno de él y cayeron sobre su alma, el aislamiento, la soledad, el vacío, el hielo de la indiferencia, todos los velos del olvido, como si ya estuviera muerto ó como si no hubiera existido jamás. . . . La gratitud, por desgracia, no es eterna en los corazones de los hombres, y éstos pronto se olvidan de lo que siempre deberían tener presente, y ensalzar y bendecir. \*—Fatigado,

\* Un suceso que indudablemente favoreció y honró al Sr. Portilla en muy alto grado, fué tal vez causa en aquella época (1873), de las amarguras que le aquejaron, las cuales no tuvieron término sino con su muerte.—Con motivo de una de tantas brillantísimas polémicas que sostuvo en la prensa, sobre la historia y las tradiciones de España en el Nuevo Mundo, los españoles de la República quisieron hacerle una demostración de entusiasmo, poniendo en sus manos un valioso regalo. Desgraciadamente, por una especie de fatalidad que no faltó jamás en las cosas del Sr. Portilla, se incluyeron en la escritura de la donacion de una casa (objeto elegido para el obsequio), ciertas cláusulas que él creyó no deber aceptar, porque en su concepto ajaban sus sentimientos de caballero pundonoroso y honrado. Así, pues, y como decía tristemente el mismo Sr. Portilla en

llo de desaliento, sin salud y sin el fruto de su trabajo, el ilustre escritor se retiró del campo del periodismo con ánimo de buscar el descanso de sus fatigas en el seno amoroso de su virtuosa familia; y todavía allí desahogaba su entendimiento, escribiendo de vez en cuando algunos artículos que publicaba en *El Siglo XIX*, y dando comienzo á una obra de que hablaré despues, la *Vida de Washington*. Aislado, triste, léjos completamente del trato del mundo, del cual le habian apartado amarguísimos desengaños, —le sorprendió la muerte el 3 de Marzo de 1879, hallándole pobre, enfermo y desalentado, despues de tantos años de lucha diaria; llena su frente de laureles, pero ensangrentados sus piés con las espinas del áspero sendero de su vida. . . . \* ¡Y así acabó aquella existencia noble, honrada, consumida toda entera en el bien de los demás y en gloriosos servicios á su patria!—

A su muerte, fué llorado de todos; porque sus virtudes, sus merecimientos, su bondad generosa, su bellissimo carácter, su modestia, su amor á España y á los españoles, á México y á los mexicanos, le hicieron digno del cariño de cuantos conocian su nombre. Los periódicos vistieron luto, le dedicaron expresivos y elocuentes artículos necrológicos, y los poetas nacionales más notables, honraron su memoria con sentidas elegías: todos, en fin, dieron señales del dolor, que

sus conversaciones íntimas, lo que debia haber sido motivo de satisfacción y de gozo, se convirtió en amarga fuente de disgustos y tormentos. Aquellas cláusulas se modificaron al fin, y el regalo fué aceptado; pero el noble escritor no pudo olvidar nunca los dolorosos incidentes que hubo en este negocio y se abstuvo de mencionarlo en *La Iberia*. ¡Tan lastimado así habia quedado su corazón! En lo íntimo de él agradecía y agradeció siempre, aunque jamás lo dijo, el regalo de sus compatriotas, que aseguró á su familia un modesto bienestar.

\* Roa Bárcena.

les causaba la ausencia eterna del Sr. Portilla, del grande amigo de México, del modelo de periodistas y de caballeros, del ilustre é incansable batallador de la verdad y de la justicia. ¡Era una pérdida inmensa para España, para México, para las letras, para la prensa, para la historia! ¡Pérdida más inmensa todavía y verdaderamente irreparable para su familia y sus amigos!

Un mes despues, para que á la gloria del Sr. Portilla nada faltase, se presentó en el Congreso General una proposicion pidiendo se declarara que *el ilustre escritor español, el insigne fundador y director de LA IBERIA, Sr. D. Anselmo de la Portilla, habia merecido bien de México:* \* hecho singular y honrosísimo que no tiene precedente en nuestra historia, y que constituirá en todo tiempo el timbre más glorioso de la familia del Sr. Portilla.

## VII.

Pudo sin duda éste dedicarse á otro género de labores literarias; y en vez de las fugitivas producciones del periodismo, que pronto se olvidan y desaparecen, fácil le habria sido dejar obras formales y concienzudas sobre diversar materias, porque tenia fuerzas y dotes especiales para todo. “Portilla era —dijo no há mucho un distinguido escritor español \*\*— un pensador profundo y altamente moral, un escritor inspirado, correcto y erudito, de buen gusto y de

\* El autor de esta proposicion fué el reputado abogado Sr. D. Joaquin M. Alcalde, diputado al Congreso de la Union; y despues la hizo suya la Diputacion de Guanajuato.

\*\* El Sr. D. José Güel y Mercader.



intencion viril; gran conocedor del corazón humano; de ánimo abierto á todos los sentimientos nobles y levantados, y fácil á todas las impresiones del exterior que dejan en el alma huella provechosa. Periodista desde sus años juveniles, conocia á fondo las ciencias políticas y sociales en todas sus fases; era filósofo, economista, jurisconsulto, diplomático, hombre de gobierno y de administracion. En España, afiliado en cualquiera de nuestros partidos políticos, fácilmente habria llegado á ministro de la Corona.”

El Sr. Portilla, sin embargo de todo esto, nada se reservó para sí: no se acordó de su nombre, ni quiso conquistarse un bienestar feliz: lo sacrificó todo en aras de la mision de paz que se propuso llenar en nuestra patria. ¿Hay por ventura más generosa abnegacion? ¿Puede exigirse mejor prenda de amor patrio?

El inolvidable redactor de *La Iberia* amaba á México como se ama la tierra donde se ha criado una familia, y se ha gozado y padecido: con encendido amor, con leal y entusiasta cariño. El sufría con las desgracias de esta República, que es la patria de sus hijos, y se alegraba con sus triunfos, con sus progresos, con su engrandecimiento; se inquietaba por su porvenir, se interesaba en las cuestiones que de alguna manera pudieran influir en él, y prestaba el apoyo y la autoridad de su talento á cuanto pudiera favorecerlo.

Nuestra literatura, sobre todo, le debió eficaces é importantísimos servicios: su nombre vino figurando, como hemos visto, desde sus primeros años, en el movimiento intelectual de nuestro país, al lado de aquella magnífica pléyade en que brillaban Alaman, Pesado, Munguía, Aguilar y Marcho, Roa Bárcena, y otros muchos.

El Sr. Portilla tenia estímulos para la juventud, animaba á los tímidos, disimulaba los defectos de sus ensayos y les daba generosa acogida en las columnas de sus periódicos,

quizá en recuerdo de los desaires que él sufrió en sus primeros pasos literarios. ¡Bien se vengó de ellos! Nadie asomó jamás á su puerta en busca de un nombre, de un reclamo, de un camino para las letras, y la gloria, sin encontrarla de par en par abierta, como él decia; dispuesto su corazon y prontas su voz y su pluma para cumplir sus deseos. Su *Iberia* fué, miétras se publicó, el periódico único que servia á la juventud estudiosa para darse á conocer, pues el Sr. Portilla amaba con entrañable afecto á la naciente generacion literaria. A muchos escritores sacó de la oscuridad y el aislamiento, y les dió gloria, les prodigó aplausos, les conquistó un buen lugar en el concepto público, llamando sobre ellos la atencion de los inteligentes. ¡Cuántos le deben una reputacion! ¡Cuántos acudian á su lado en busca de consuelos y de consejos, seguros de ser recibidos con la confianza, con el interés y el cariño de un padre bondadoso!

Los mexicanos, justo es decirlo, supieron corresponder dignamente á esta predileccion del Sr. Portilla: lo veían con veneracion y cariño profundísimo, y la gratitud que hacía él abrigaban, les llevó á cumplir en momentos solemnes, los más tristes deberes. Mexicanos hubo entre los amigos que le acompañaron en la última soledad de su vida, mexicanos entre los que cerraron sus ojos y velaron su cadáver, entre los que le acompañaron á su última morada, y los que al último regaron su sepultura con lágrimas. . . . Y en el cementerio, mexicanos y españoles lloraron al recordar que aquel hombre virtuoso los habia unido con el abrazo de hermanos. . . .

## VIII.

Segun he dicho ántes, las ocupaciones del periodismo impidieron á nuestro D. Anselmo escribir algunas obras, con que en otras circunstancias habria enriquecido indudablemente la literatura hispano-americana. Sin embargo, además de los libros que he mencionado en el curso de este artículo, —*La Revolucion de Ayutla, México en 1856-57, De Miramar á México* y la novela *Virginia Steward*,— el Sr. Portilla escribió y publicó algunos capítulos de uno que prometia ser muy interesante, intitulado: ESPAÑA EN MEXICO, —*Cuestiones históricas, políticas y sociales*,— completándolo con diversos artículos de polémica periodística.\* —En sus últimos dias escribia la *Vida de Washington*, obra importantísima que trunca como quedó, será valioso orna-

\* En el folletin de *La Iberia* publicó el Sr. Portilla una interesante *Biblioteca histórica* sobre cosas de México, en la cual salieron á luz obras tan raras y curiosas, como las siguientes, con una introduccion suya: *Cartas de Hernan Cortés á Carlos V; Conquista de México*, de Gomara, *Conquista de la Nueva España*, de Bernal Diaz del Castillo, *Teatro Mexicano*, de Vetancurt, *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, de Boturini, *Escritos sueltos*, de Hernan Cortés, *Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron á sus sucesores*, *Crónica de la Provincia de Michoacan*, del P. Beaumont, é *Informacion recibida en México y Puebla el año de 1565, sobre los servicios que prestaron los tlaxcaltecas á Hernan Cortés en la Conquista de México*.— Muchas de estas obras, ¿ permanecian inéditas, ó si se habian publicado, eran raras y difíciles de encontrar. El Sr. Portilla prestó, pues, con su *Biblioteca*, un gran servicio á la Historia nacional.



mento de las letras españolas; pues el estilo castizo, la elegancia de la narracion, la sana crítica y los incontables primores de lenguaje de que está sembrada, hacen de ella un monumento literario digno del gran hombre á quien está dedicada.

Yo he tenido la fortuna de leer, merced á una bondadosa distincion de la familia del Sr. Portilla, que agradezco profundamente, el manuscrito de los ocho únicos capítulos que el ilustre escritor dejó del todo terminados; y como en mi sentir la obra es de una importancia suma y de un mérito no comun, el lector me permitirá que diga yo algo en especial sobre estos ocho capítulos.

No es este libro solo una biografía, ni el simple panegírico de Washington; participa de ambas cosas: es un canto bellissimo, un poema épico escrito en prosa, para honrar la memoria de uno de los hombres más admirables que ha producido la humanidad. En él se unen en feliz consorcio la majestad de la historia y la sublimidad de la poesía; la elevacion de criterio del filósofo y los arranques líricos de un corazon entusiasta; la quietud y serenidad del investigador erudito, y la amenidad, el colorido, la encantadora animacion del escritor de fantasía. Todo allí es interesante y magnífico: las descripciones son verdaderos cuadros, perspectivas grandiosas en que el lector no sabe en qué objetos detener los ojos, pues el cielo, las florestas, los rios con sus márgenes floridas, los callados montes, las embalsamadas noches, las mañanas resplandecientes, se ven con tal viveza y claridad, que parece uno encontrarse en las selvas vírgenes americanas. Y sorprende en verdad que tales páginas, obra de un escritor que tenia ya sobre sí la nieve de los años y cuyo corazon habia sido azotado tantas veces por el ardiente sopro del infortunio, estén llenas de tan deliciosa frescura, de tan embriagadora poesía, de tan fino, exquisito y delicado gusto. Al leer algunos capítulos de la *Vida*

*de Washington*, sin esfuerzo cree uno que está leyendo á Chateaubriand; al pasar la vista por ciertos pasajes en que el interés de la narracion crece y crece sin cesar, parece que tenemos un libro de Washington Irving en las manos; al deleitarnos en los episodios puramente históricos, es Prescott quien nos habla; y en otras partes recordamos á los cronistas primitivos de México, Mendieta, Las Casas, Sahagun, Motolinía, porque tal es la uncion y la candorosa sencillez con que el autor se expresa: ya es una página como podia haberla escrito Macaulay, ya otra en que la profundidad y exactitud de una observacion compiten con la claridad con que fué expuesta; observándose en el desarrollo de la obra un método maravilloso y una naturalidad verdaderamente encantadora. Por lo demás, ¡qué pureza hay en la diction, qué selectos períodos, qué fluidez, qué arte, qué escogido lenguaje! ¡Cómo se ve allí la mano del literato, del hablista distinguido, del crítico eminente y discreto, del historiador ameno, profundo y reposado!

Comienza su obra el Sr. Portilla dibujando á grandes pinceladas el establecimiento de las colonias inglesas en América, para preparar así el ánimo del lector y disponer el teatro en que va á figurar su héroe. En los capítulos segundo y tercero pinta con frescos y animados colores la niñez y la juventud de Washington, evoca los recuerdos de su familia, refiere algunos rasgos curiosos de su precocidad y buen juicio, y se detiene en aquellas circunstancias que todos gustamos de encontrar en las biografías de los grandes hombres: son bellísimas y conmovedoras las palabras dedicadas á la madre de Washington.—Después, pasa á describir el carácter juvenil de éste, y cuenta sus primeros amores; habla de sus trabajos, de algunos viajes que hizo con motivo de sus conocimientos en agrimensura, de sus pesadumbres de familia y de sus cuidados como jefe de ella; concluyendo tan interesante relacion con el siguiente pár-

rafo, en que se compendia lo dicho hasta entónces:—“Todo lo que hizo Washington en su juventud parecia dispuesto para prepararle al gran papel que la Providencia le destinaba en la edad madura. La caza, imágen de la guerra; los cuidados de la familia, imágen del gobierno; los trabajos de agrimensor, imágen de las durezas de la vida; todo fortificó su cuerpo, ilustró y templó su espíritu, formó su corazon y elevó su carácter á la altura que era menester para que fuera un dia el primer capitán, el primer legislador, el primer hombre de Estado, el fundador en suma de un pueblo.”

En el capítulo cuarto aparece ya Washington en la escena pública, desempeñando una comision importante cerca del Gobernador de los colonos franceses del Ohío; y la historia de su viaje á través de las selvas, en que están pintados con admirable propiedad los peligros á que se vió expuesto y las espléndidas bellezas del territorio, sus ásperos montes, sus rios helados, sus desiertos, sus soledades, y algo tambien de las costumbres de los salvajes, recuerda las páginas más hermosas de la *Atala* y de *Los Natchez* de Chateaubriand. Y da mayor atractivo á la narracion la gallarda, la interesante, la legendaria figura de Washington que allí se descubre en todos los cuadros.

Con motivo de la sangrienta guerra intercolonial, llamada de los *siete años*, que estalló en 1754, el jóven americano comenzó á distinguirse en los combates de un modo extraordinario, triunfando primero de Jumonville que murió en la refriega, y asistiendo luego á la célebre batalla en que quedó completamente derrotado el General Braddock por no haber seguido los prudentes consejos de Washington. Allí peleó éste con admirable denuedo, y se salvó de la muerte providencialmente, *como si Dios* —dijo Samuel Davis— *le señalara para prestar más tarde algun importante servicio á su país*. Estos hechos y sus consecuencias,



con otros curiosos episodios, ocupan los capítulos quinto, sexto y sétimo; siendo de notar, que el interés jamás desfallega, ántes subyuga y deleita la amenidad del relato, y agradan los detalles discretamente escogidos por el autor. En el octavo, en fin, se trata del casamiento de Washington con Marta Custis, y es uno de los que con mayor delicadeza están escritos y de los que más simpatías inspiran hácia el grande hombre: en él aparece éste tal como era en sus sentimientos íntimos y en sus costumbres privadas. El biógrafo refiere cómo se conocieron Washington y Marta, cuál era la correspondencia que estando léjos se transmitían, qué aficiones y propósitos despertó en él aquel acto de su vida, cuáles eran las virtudes y prendas de la esposa, y por último, cómo se trataron ella y el patriarca americano. Léase, acerca de esto, el siguiente párrafo:—. . . “Su union con Marta fué venturosa. Dulce y amorosa compañera, ella fué el más bello adorno de su hogar en todas las situaciones de la vida. Encerrada en el rincón donde la mujer tiene su trono, rarísima vez sale á la escena en el gran teatro donde hizo el primer papel su marido. Dotada de carácter expansivo y amable, alegró con su presencia y dió tono de sencilla elegancia á la vida del campo en que pasó los primeros años de su matrimonio; y cuando más tarde fué llevada á los brillantes círculos del poder, y participó de las ovaciones con que el entusiasmo popular aclamó á su triunfante esposo, nunca perdió la modestia y humildad de sus costumbres. Fué, en una palabra, digna compañera del grande hombre á quien dió su mano.—Con Washington y con Marta nos sucede lo que con nuestros abuelos: nunca los vemos jóvenes. El se nos representa en el invierno de la vida, con su auréola de ancianidad y su venerable aspecto de patriarca: ella con su blanca cofia, su saya antigua y su bondadosa faz de abuela. No tuvieron hijos, pero un pueblo entero que le llama padre á él, y ama y ve-

nera su memoria, tributa también homenajes de cariño filial á la que fué su digna y noble compañera.”

Este capítulo tiene en el manuscrito la fecha *Enero 2—1878*— y fué el último que escribió el Sr. Portilla. Tres meses despues de comenzada la obra, es decir, en el citado, le atacó una enfermedad penosa que le obligó á suspender su trabajo, cuando solo habia escrito la introduccion y los ocho primeros capítulos. Ya no la pudo proseguir, porque desde entónces el mal siguió, hasta que la muerte vino á cortar aquella cara existencia.

Como se comprende desde luego, la *Vida de Washington* apenas quedó empezada: el manuscrito alcanza solo hasta el año de 1759, y el Cincinato de América murió en 1799, en cuya diferencia de cuarenta años cambió radicalmente el estado de las colonias y se sucedieron aquella série de hechos memorables en que Washington fué el principal actor, el centro, la causa de todos ellos. ¡Qué guerra aquella de la independéncia, qué batallas, qué prodigios de valor y de perseverancia, qué austeridad de virtudes desplegada por Washington en los campamentos, qué triunfos, qué gloria! Aquel guerrero indomable y heróico, despues de dar la libertad á su patria y poner las bases de su futuro engrandecimiento, se retira, modesto y sencillo, á su casita de Mount-Vernon, con la conciencia de haber cumplido su deber, buscando las dulzuras de la vida doméstica y cultivando, como el hombre más humilde del pueblo, sus fértiles heredades. ¡Qué páginas habria escrito el Sr. Portilla con estos asuntos; él, que comprendia y admiraba las grandes virtudes de los grandes corazones! ¡Cómo habria pintado, con su pluma de oro, aquellos prodigiosos acontecimientos que conmovieron las selvas del nuevo mundo; aquellos hechos que elevaron á Washington á la altura en que lo ve la posteridad y lo verán siempre los siglos; aquellos soldados valerosos que sentian arder su sangre de entusias-

mo á la sola presencia de su general!... Lo poco que dejó escrito el Sr. Portilla de su obra, nos permite adivinar fácilmente las páginas que habria trazado despues si la muerte no nos le hubiese arrebatado....

Algunos de sus compatriotas, segun él supo, “mostraron grande extrañeza porque iba á escribir la vida de Washington, cuando tantos personajes españoles que ilustraron su nombre en el Nuevo Mundo, le brindaban con su genio, sus virtudes, sus hazañas y sus glorias.”—Los siguientes conceptos del prólogo explican la intencion del Sr. Portilla, y yo no puedo hacer cosa mejor que copiarlos. Dicen así: “Quiero pagar la parte que á mí me toca en la deuda de gratitud que tenemos los españoles con los escritores de los Estados-Unidos. Los principales de ellos han elegido para sus obras asuntos de España, y han ilustrado con trabajos importantísimos, como no lo han hecho los nuestros, muchos de los más interesantes períodos de nuestra historia. \* Yo quiero bosquejar el más interesante y bello de la suya: voy á escribir la vida de Washington.”—El Sr. Portilla, además, tenia una deuda especial con los Estados Unidos. “Su historia —decia tambien en el prólogo,— sus hechos, sus costumbres, los discursos de sus oradores, las obras de sus literatos, los cantos de sus poetas, las opiniones de sus estadistas, han sido un arsenal inmenso de donde he sacado yo en mi larga carrera de escritor, las más poderosas

\* Ya se comprende que el Sr. Portilla se refiere aquí: á Washington Irving, que escribió la *Vida y Viajes de Cristóbal Colon*, *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Cristóbal Colon*, *Legendas de la Alhambra*, etc.; á Prescott, que publicó la *Historia de la Conquista de México*, la *Conquista del Perú*, la *Historia del reinado de los Reyes-Católicos* y la *Vida de Felipe II*; á Ticknor, por su *Historia de la Literatura Española*; á Fenimore Cooper, que compuso una de sus mejores novelas con el título de *Mercedes de Castilla*, y á otros muchos que seria largo citar.



armas para vindicar la historia y las tradiciones de mi patria en el Nuevo Mundo, y combatir las preocupaciones hostiles al nombre español en las tierras donde más hizo para ser querido y respetado. Los sentimientos y conducta del pueblo norte-americano, los hechos y dichos de sus hombres eminentes, sus homenajes á la verdad y á la justicia de la historia, su tierna veneracion á la memoria de sus padres, todo esto ha sido mi refugio cuando mis razones no han valido, y siempre ha sido esto eficaz para imponer silencio á las preocupaciones antiguas de la América Española, con que he luchado constantemente en el estadio de la prensa.”

Se ve, pues: que todavía en esta obra, al parecer extraña al pensamiento que fué objeto de los desvelos del Sr. Portilla, se proponia continuar su propaganda de fraternidad y de reconciliacion, defendiendo con brillante celo los fueros de la verdad histórica. ¡Jamás aquel hombre virtuoso dejó de ser el apóstol de paz, el apóstol de una idea que en mayor grado puede engrandecer á los que la abriguen en su pecho! ¡Bendita sea su memoria!



Este ensayo biográfico forma parte de la obra del mismo autor  
intitulada: *Escritores Mexicanos Contemporáneos*.

México, Junio de 1880.